

Bozzetti

Gherardo Bozzetti

La Prusia de Federico el Grande



**IN OCTAVO
2025**

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Gherardo Bozzetti

La Prusia de Federico el Grande



IN OCTAVO
2025

Noticia

Para los nacidos en el mundo posterior a las dos grandes guerras del siglo pasado la idea de que un estado desaparezca resulta contraintuitiva. La noción de un orden mundial guiado por el derecho internacional y custodiado por organismos multilaterales como las Naciones Unidas supone una relativa estabilidad política. La única alteración significativa de ese orden fue el colapso de la Unión Soviética, pero más que una desaparición pareció una liberación: naciones anteriormente sofocadas bajo ese conglomerado, volvieron a la vida con sus propias individualidades, incluida Rusia. En el mismo lapso, por efecto de diferentes procesos históricos y políticos en su mayoría derivados de la descolonización nacieron nuevos estados en Asia, África y el Medio Oriente, pero la desaparición de un estado —especialmente de un estado poderoso— parece cosa del pasado remoto, remite a nombres como Asiria, o Cartago, o Sumer.

Tal vez por esa razón el caso de Prusia despierta curiosidad: es lo suficientemente cercano como para que nuestro lenguaje cotidiano emplee expresiones como “orden prusiano” o “ejército prusiano”, especialmente en el análisis político, y resulten perfectamente comprensibles. Prusia fue un reino poderoso, en perpetua disputa con Austria por la conducción de los pueblos de habla germana, y terminó absorbido por el Reich alemán; sobrevivió como unidad ad-

♦ La Prusia de Federico el Grande
*ministrativa hasta que los aliados triunfantes en la
segunda guerra declararon formalmente su extinción
el 1 de marzo de 1947.*

*El apogeo de Prusia aparece indisolublemente ligado
a la inspiración y la acción de dos poderosos lideraz-
gos: el del rey Federico II el Grande, en el siglo XVIII
y el del canciller de hierro Otto von Bismarck en el
siglo XIX. El primero convirtió a Prusia en una po-
tencia militar y política, el segundo se apoyó en ella
con la vista puesta en el objetivo mayor de la unifica-
ción alemana. Su éxito fue también el fracaso del
reino, que no pudo sustraer su destino a las conse-
cuencias de la derrota de Alemania en la primera
guerra. En el trabajo que aquí presentamos, el histo-
riador italiano Gherardo Bozzetti revisa la trayecto-
ria de Prusia desde sus orígenes hasta su desapari-
ción, pero centra el detalle de su crónica en el reina-
do de Federico el Grande y en la personalidad de es-
te monarca ilustrado, progresista a su manera, afi-
cionado a las artes y la filosofía, y empeñoso hasta el
heroísmo en el campo de batalla.*

El editor

La Prusia de Federico el Grande

Los Hohenzollern de Magdeburgo

EN 1417 Segismundo de Luxemburgo cedió a Federico IV de Hohenzollern el margraviato de Brandeburgo junto con el título de *Gran Elector*. El beneficiario pertenecía a un linaje de príncipes de Suavia que habían construido su nido de águilas en la alta Edad Media, hacia Sigmaringen, entre el Bade y el Wurtemberg. En cuanto al territorio que este príncipe recibía se trataba de un país llano, bastante pobre, con landas arenosas, bosques, lagos, marismas, playas de fango, cuyo principal cultivo era el centeno.

Por razones estratégicas, los Hohenzollern de Brandeburgo escogieron por capital una pequeña ciudad que no era otra que Berlín. «Todos los Hohenzollern han aumentado las posesiones del Estado», diría Bismarck, y, ciertamente, este objetivo se convirtió en una tradición familiar. Nuevos territorios adquiridos de modos muy diversos acrecentaron los dominios de la nueva casa reinante; unas veces mediante alianzas matrimoniales y otras mediante la

♦ La Prusia de Federico el Grande
fuerza. En el año 1614 obtuvieron los ducados de
Clèves y de Mark al oeste, en las orillas del Rin.

Los Caballeros Teutónicos

EN 1309 la Orden de los Caballeros Teutónicos había perdido sus últimas posesiones en Tierra Santa. Es en este momento cuando vuelven sus ojos a Europa y se ocupan de conquistar un territorio en las orillas del Báltico, al este del Vístula, donde fundaron la fortaleza de Königsberg. En este territorio habitaban los prusianos o borusios, pertenecientes a la familia de los pueblos indoeuropeos. Se trataba de un pueblo pagano, esencialmente cazador y que ocasionalmente practicaba la agricultura. Los Caballeros Teutónicos convirtieron a los prusianos paganos por medio de la espada.

Después de un período de rápida expansión, en 1410 los Caballeros fueron vencidos en Tannenberg por los polacos y se convirtieron en vasallos de los reyes de Polonia. En 1525 la Orden se convirtió en puramente secular y la cruz fue reemplazada por el águila negra. El gran maestro Alberto de Brandeburgo se convirtió en duque de Prusia y consiguió

♦ La Prusia de Federico el Grande

para el territorio la categoría de ducado secular y hereditario. Cuando su hijo Alberto Federico murió, en 1618, los Hohenzollern de Brandeburgo heredaron el ducado, que contaba entonces con 600.000 habitantes.

Este período fue uno de los más oscuros que conoció Alemania: la guerra de los Treinta Años la arrasó a sangre y fuego. Los dominios de los Hohenzollern fueron invadidos por las tropas del caudillo militar católico Alberto de Wallenstein y las del rey protestante de Suecia, Gustavo Adolfo.

Federico Guillermo, el *Gran Elector*

EN 1640 Federico Guillermo, el *Gran Elector*, subió al trono. Fue en ese momento, tal como lo ha relatado el historiador Heinrich von Treitschke, cuando los destinos de Prusia-Brandeburgo y Alemania empiezan a coincidir. Educado en Holanda, Federico Guillermo conservaba algo de la rigidez calvinista de este país. Enérgico, tuvo pronto la convicción, al ver sus dominios a merced del primer invasor, que era preciso, ante todo, apoyarse en los propios recursos. Para unir sus posesiones dispersas formó un fuerte ejército. Era tolerante en cuestiones religiosas, tímido por naturaleza, pero sin piedad cuando era preciso. Se consideraba como el padre de su pueblo, al cual debía proteger a cambio de una total fidelidad.

Conducía personalmente a su ejército en la guerra. Odiaba la neutralidad: «Sales de ella con los huesos rotos», decía. Tras la guerra de los Treinta

♦ La Prusia de Federico el Grande

Años obtuvo algunos beneficios; mediante el tratado de Westfalia, y con el apoyo de Francia, que quería disminuir el poder de Fernando III de Habsburgo, cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico, obtuvo la Pomerania occidental y tres obispados.

La crítica situación de Polonia, en guerra con Suecia, le permitió liberarse del vasallaje polaco en 1660. En 1675 asombró a Europa venciendo a los suecos en Fehrbellin. Cuando en 1675 fue revocado en Francia el Edicto de Nantes, que protegía la libertad religiosa, proclamó el Edicto de Potsdam, que abrió las puertas del ducado a 30.000 hugonotes exiliados, en su mayor parte artesanos, comerciantes, escritores y juristas, que se unieron a las colonias de holandeses, suizos y judíos que ya habían encontrado refugio en Prusia.

El ejército, que contaba con 6.000 hombres, alcanzó durante su reinado el número de 40.000, cuyo mantenimiento gravaba el escaso presupuesto de este pobre país. Para obtener más dinero, el *Gran Elector* redujo los poderes consuetudinarios de los consejos locales y se rodeó de representantes de la clase media. El Consejo Privado se convirtió en la principal fuerza centralizada de un Estado amenazado por la anarquía a causa de la dispersión de los territorios y de la heterogeneidad administrativa.

Federico Guillermo reemplazó a los capitanes de fortuna por oficiales reclutados en la aristocracia prusiana. Los nobles que servían allí no tenían derecho a hacer negocios, mientras que la clase media no

♦ La Prusia de Federico el Grande estaba autorizada a comprar las tierras de la aristocracia.

Teniendo a cada uno en su lugar, el Estado podía ser gobernado. Federico Guillermo hizo construir un canal entre el Oder y el Elba, formó una flota y fundó la compañía comercial de la Costa del Oro. El *Gran Elector* fue así el verdadero padre del Estado prusiano. De este modo, unas tierras pobres, dispersas, poco pobladas, iban a formar el núcleo de un vasto y muy poderoso estado.

Prusia se convierte en reino

FEDERICO III, que le sucedió a su muerte en 1688, no se parecía en nada a Federico Guillermo. El padre era un gigante, el hijo era frágil y deforme. Agradable, piadoso y pacífico, le gustaban sobre todo el boato y el ceremonial. Aunque poco dotado para la guerra, se esforzó siempre por conseguir lo mejor para su pueblo.

Para ello acosó al viejo emperador con demandas, lo colmó de presentes, le prestó gratuitamente sus tropas, esperando favores a cambio, pero no obtuvo más que rechazo. Sólo cuando Leopoldo de Habsburgo quedó implicado en la guerra de sucesión de España consiguió que le aceptara dinero y soldados a cambio del título real para sí y para su territorio.

Así fue como Federico III de Brandeburgo se convirtió en Federico I, rey de Prusia. El título, en los hechos, no concernía más que a un territorio que no

♦ La Prusia de Federico el Grande formaba parte del imperio. Federico II opinaría de la obtención de esta nueva dignidad: «Lo que en principio fue un asunto de vanidad, se convirtió a la larga en una obra de arte política.»

El título real liberó a la casa de Brandeburgo, fue un cebo que Federico III puso a sus descendientes, que quería decir: «He obtenido un título, ahora haceos dignos de él.»

El nuevo rey se coronó, pues, a sí mismo en Königsberg, el 18 de enero de 1701. La ceremonia fue fastuosa, aunque tuvo que empeñar la corona para obtener un préstamo.

Se interesó de manera especial por la religión, así como por las letras. Se entregó al pietismo (doctrina religiosa) e hizo algo de filantropía. Con ayuda de su esposa, Sofía Carlota de Hannover, que contaba a Leibniz entre sus amistades, fundó la Sociedad de las Ciencias y la Universidad de Halle.

Federico de Brandeburgo, tercer *Gran Elector* y primer rey de Prusia, murió en 1713. Su padre había fundado un Estado; él había fundado un reino; su hijo Federico Guillermo I de Prusia iba a formar un gran cuartel para un gran ejército.

Bajo el yugo del *Rey Soldado*

FEDERICO GUILLERMO se parecía tan poco a su padre como éste se parecía al suyo. Robusto y rubio, taciturno, poco inclinado al estudio, sólo se sentía a gusto con la zafia vida militar; le gustaba comer, beber y fumar; enemigo del lujo y de los gastos, destituyó a todos sus chambelanes, colocó en el primer lugar de la jerarquía de la corte a sus mariscales y no concedió a sus ministros más que la última fila. Vendió todos los objetos lujosos que su padre había ido atesorando y durante toda su vida sólo llevó uniforme con los botones de cobre.

Enérgico y brutal, gobernó el reino como se dirige una granja. Se casó con Sofía Dorotea de Hannover, hija de Jorge I de Inglaterra, y, aunque no sentía ninguna atracción por esta muchacha gorda y palurda, le dio catorce hijos. No tenía amantes, pero constituyó un pequeño *parlamento del tabaco* que reunía a generales, ministros y representantes del emperador, en medio de nubes de humo; escribió en

♦ La Prusia de Federico el Grande su testamento que cuando heredó el reino, éste se encontraba en un estado de gran deterioro financiero y la mayor parte de las propiedades estaban hipotecadas.

En nueve años saneó las finanzas y constituyó un ejército y una artillería «sin par en Europa». Cristiano a su manera, tenía horror de las disputas sectarias entre las distintas confesiones, y puso fin a los procesos por brujería. Hizo obligatoria la educación elemental, y fueron sobre todo los antiguos soldados los que ocuparon la plaza de maestros de escuela.

Su gran preocupación era el ejército. Para sostenerlo gravó al país con impuestos abusivos. Él mismo era el presidente del Directorio General de Finanzas, de la Guerra y de los Dominios, y las cámaras provinciales eran las encargadas de cobrar los impuestos para alimentar la caja del ejército.

Se esforzó en desarrollar el comercio y la industria, animando a las clases medias urbanas y eximiéndolas del servicio militar. Con ese genio mercantil, común a todos los Hohenzollern, desarrolló las producciones nacionales, como la cerveza, el papel, etc.

Rey Soldado, tal es el sobrenombre que le quedó adherido. Interesado sobre todo en organizar un poderoso ejército, vivía entre los soldados, conocía a cada uno personalmente y empleaba mucho tiempo en conducir una inspección meticulosa de sus regimientos.

En 1715 el príncipe Leopoldo d'Anhalt-Dessau, su único amigo y el único consejero militar que escuchaba, ordenó por primera vez a las tropas desfilar

♦ La Prusia de Federico el Grande frente al rey, que quedó sumamente entusiasmado. Esta demostración se convirtió en un espectáculo anual.

En 1733, introdujo el reclutamiento; los reclutas eran entrenados durante un año y luego pasaban a la reserva, lo que permitía reducir el número de mercenarios a una tercera parte del ejército.

El *Rey Soldado* tenía una manía que hacía que en Europa le considerasen un excéntrico: mostraba una enorme predilección por los gigantes, a los que reclutaba en el extranjero, llegando incluso a secuestrarlos. El zar de Rusia, Pedro el Grande, le proporcionó un centenar de ellos a cambio de obreros especializados. Imponía en este ejército que tanto amaba una disciplina de hierro.

Así, pues, el *militarismo prusiano* se remonta a Federico Guillermo I. Sus soldados estaban orgullosos de su uniforme —*azul de Prusia*—, de su casta y de su espíritu de cuerpo. Los oficiales eran *junkers*, es decir, miembros de la aristocracia rural, que abandonaban de buen grado sus viejas casas solariegas y sus ricas granjas para plegarse a una disciplina dura y recibir un sueldo mediocre. Pero el honor de servir primaba sobre todo, y así el cuerpo de oficiales *junkers* se convirtió en la espina dorsal del Estado prusiano.

Prusia era el decimotercer país de Europa en cuanto a población, pero el tercero en número de soldados, que alcanzaba los 80.000. El rey que poseía esta joya no la arriesgaba en guerras insensatas.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Pasó de una alianza a otra y, como buen Hohenzollern, sacaba ventaja en territorios de aquí y allá. En 1720 se anexionó Stralandsund, Stettin y la mitad de la Pomerania sueca.

Sufrió crisis de artritis y murió prematuramente en mayo de 1740. Prusia perdía con él un buen organizador, pero también se libraba de un ser grosero, maníaco, sin brillantez, con un alma muy pequeña, la de un soldado. Su esposa, Sofia Dorotea, que consideraba a su marido como a un desagradable palurdo, era ella misma poco agraciada y, a pesar de sus pretensiones, muy ignorante. Se vengó de su detestado esposo hablando mal de él a sus catorce hijos.

Y la hija mayor, Guillermina, y el heredero de la corona, Federico, estaban más que convencidos de que su madre habría podido decir al rey, su padre, que no aceptaba su tiranía. En esa convicción, decidieron aliarse por medio de una profunda amistad.

La juventud de Federico

EL JOVEN PRÍNCIPE había sufrido la influencia determinante de su gobernanta, madame de Roucoules, y de su tutor, Duhan de Jandun, ambos hugonotes franceses, brillantes y cultivados como lo era la Francia del siglo XVIII. A espaldas del rey, Duhan enseñaba latín a Federico,

Un día que el *Rey Soldado* sorprendió a su hijo mayor recitando la primera declinación a su tutor, le pegó un fuerte bastonazo; tenía la mano ligera con todo el mundo, cosa que nunca olvidó el príncipe heredero. Como reacción ante la ignorante brutalidad de su padre y la educación militar y, por tanto, falta de toda sensibilidad, que este le imponía, se entregó apasionadamente a la cultura, leyó el *Telémaco*, de Fenelón, con gran avidez, habló con soltura el francés y descuidó su cultura alemana.

En 1728 visitó la corte de Dresde, una de las más suntuosas y corrompidas de Europa, donde Augusto II,

♦ La Prusia de Federico el Grande

con sus 350 bastardos, podía con pleno derecho proclamarse el padre de sus súbditos. Federico confió a su hermana que fue allí donde perdió su inocencia. Regresó a Berlín, donde se aficionó a los bellos trajes y a la música. Tocaba la flauta y compuso más de cien sonatas, amaneradas y sin talento. Sus poemas, en francés y dentro del estilo de la época, no brillaron en absoluto.

No tuvo más costumbres que las que se le permitieron. Su primer amor fue una joven de dieciséis años. Cuando Federico Guillermo descubrió su idilio hizo azotar a la adolescente y la metió en prisión *de por vida*, en la fortaleza de Spandau.

No resulta nada sorprendente, pues, que el futuro Federico II fuese irónico, despreciativo y rebelde. Su padre se enfurecía al ver que su hijo no compartía sus opiniones. La situación empeoró cuando se presentó el asunto del matrimonio. El rey estaba dominado por el partido imperial de la corte, mientras que la reina intrigaba en favor de sus parientes de Inglaterra y Hannover, tratando de conseguir el matrimonio de Federico con la princesa Amelia, y el de Guillermina con el duque de Gloucester.

El príncipe hacía cuanto podía por escapar al control de su padre y estaba encantado con la posibilidad de empezar una nueva vida al otro lado del canal de la Mancha. Mantuvo con la princesa, a la que nunca había visto, una tierna correspondencia. Pero el todopoderoso conde de Seckendorf, representante del imperio, junto con su cómplice, el ministro

Grumbkow, estaba atento. Si el príncipe heredero de Prusia se convertía en hannoveriano, las relaciones entre Prusia y Austria, es decir, el imperio, estarían comprometidas. Federico Guillermo cedió al partido imperial y prohibió el matrimonio.

Pero para Federico esto fue demasiado. El príncipe decidió abandonar la prisión que suponía Prusia, pero no sabía dónde ir. Fracasó en su tentativa de evasión y fue detenido el 15 de agosto de 1730 y encerrado como prisionero en el castillo de Küstren. Su fiel amigo Hermann Katte, hijo de un general, terminó juzgado por una corte marcial por haber ayudado a su evasión.

Federico Guillermo, enloquecido por su orgullo herido y sus sospechas contra el partido de la reina, vio en la huida del príncipe, más que una rebeldía personal, un complot contra su vida. La corte sometió al príncipe a un terrible interrogatorio, pero las 178 preguntas a las que se vio forzado a responder no arrojaron la impresión de revelar un delito de alta traición. Había desertado y, en cuanto oficial del ejército prusiano, había manchado su honor. Federico Guillermo, por su parte, presionó al príncipe para que éste renunciase a sus derechos a la corona. Pero Federico resistió.

Para impresionarle, el rey hizo condenar a su amigo y obligó a su hijo a presenciar, desde la ventana de su prisión, la decapitación del joven. Pero el rey no obtuvo nada con ello. La corte se declaró incompetente y Federico Guillermo no podía ordenar

la muerte de su hijo, puesto que las cortes europeas estaban de su parte. Éste hizo creer que estaba aterrorizado, se declaró culpable y juró obediencia a cambio de perdón.

Tras cierto tiempo en libertad vigilada, se entregó a las tareas de administración del Estado y descubrió así los problemas de gobierno. Los trató con humor e hizo versos satíricos sobre los beneficios de los dominios. Luego las cosas se arreglaron. Federico se dedicó a recuperar el favor de su enemigo personal Grumbkow, quien, por su parte, sabía muy bien que el rey no era eterno. El 15 de agosto de 1731 el rey visitó a su hijo en Küstren, aparentando perdonarle, pero en realidad buscando el perdón para sí mismo.

En estas circunstancias especiales, las cuales le permitieron ponerse en contacto con la administración del Estado, el príncipe se interesó por la política exterior y redactó un ensayo que tituló *La política actual en Prusia*.

Se le permitió volver a Berlín con ocasión de la boda de su hermana Guillermina con el heredero del principado de Bayreuth, de la rama francesa de los Hohenzollern. Pero allí le esperaba una desagradable sorpresa. Los planes de su hermano, el príncipe Eugenio, y de su sombra, Seckendorf, estaban encaminados a destruir los sueños anglófilos del futuro rey de Prusia. Se le anunció a Federico que tendría que casarse con una sobrina de la emperatriz, Elisabeth-Christine de Brunswick-Wolfenbütel, una noble provinciana insignificante, beata y poco agraciada.

A Federico le pareció que «bailaba como una oca». Bien es cierto que Federico era misógino y no admiraba mucho a las mujeres, entre las cuales su enemiga mortal sería la emperatriz María Teresa de Austria.

Pero esta operación no resultó provechosa en absoluto para la corte de Viena, que la había ordenado. Esta mujer insignificante, enamorada de su marido, nunca pudo hacerle olvidar la humillación que sintió en ese momento. No perdía ocasión de hacerle saber su desprecio. Pero no olvidó tampoco sacar provecho de la situación, obteniendo de su padre el perdón para sus amigos, para la joven prisionera en Spandau y para su tutor, Duhan.

En 1732 el príncipe se incorporó al regimiento de Ruppín, y el 12 de junio de 1733 se casó con Elisabeth-Christine. Pasarían poco tiempo juntos. La reina vivía en Schönhausen e iba a veces a Reeinsberg, junto al mar, pero no puso nunca los pies en Sans Souci, la residencia favorita de Federico. Durante los períodos de guerra, permanecieron años sin verse. En público, Federico trataba a su mujer con deferencia, pero en privado decía: «Salomón tuvo mil mujeres y eran pocas para él, yo no tengo más que una y aún es demasiado.» No tuvieron hijos.

En 1734 el príncipe Federico tomó parte en la campaña del Rin, con 10.000 prusianos, junto a su hermano, el príncipe Eugenio. Pudo estudiar al gran general y comprendió que éste vivía por encima de su fama. Y de hecho la guerra se fue alargando inú-

tilmente. Cuando regresó a Berlín encontró a su padre en muy mal estado. Éste puso al príncipe al tanto de las cuestiones de Estado y le encargó la firma de los decretos relativos a los asuntos corrientes. Federico se preparaba para tomar en sus manos las riendas del país, pero la hora no había llegado aún. El rey recuperó la salud y volvió a enviar a su hijo a Ruppín. Durante este tiempo, Guillermina se convirtió en duquesa de Bayreuth.

Un príncipe ilustrado

EL REY ESTUDIABA a su hijo y descubría en él insospechadas cualidades de administrador, y le promovió al rango de teniente coronel general. Le dio también la residencia real de Rheinsberg, que Federico restauró con la ayuda de su amigo el arquitecto Knobelsdorf, quien más tarde construiría la Ópera y el castillo de Sans Souci.

El parque de la residencia daba a un pequeño lago, entre los bosques y las landas arenosas. Alrededor del castillo vivía una pequeña y agradable colonia de franceses. Los cuatro años que el príncipe pasó en Rheinsberg se contaron entre los más felices de su vida, rodeado de las personas que amaba, impregnado del espíritu francés que tanto admiraba y dedicado a las tareas que más le gratificaban.

Los amigos del príncipe eran escogidos con cuidado. Su sociedad era totalmente distinta de la que rodeaba a su padre en su fumadero o de aquella

otra, corrompida, de la corte de Dresde. Brillantes conversaciones, música, libros, teatro, tales eran las principales actividades del príncipe y de sus amigos. Federico se encontraba bien allí, y la atmósfera de juventud y serenidad condujo, incluso, a mejorar sus relaciones con Elisabeth-Christine.

Llegó a adquirir la cultura de un autodidacta de talento. Se impuso un ascético programa de estudios, se levantaba temprano y se acostaba tarde. Se interesaba por todo: historia, filosofía, ciencias políticas y administrativas y técnicas militares. Podía hablar casi todos los idiomas europeos. Pero no escribía más que en francés, y tuvo intercambios epistolares con toda clase de personas. Fue en agosto de 1736 cuando escribió su primera carta a Voltaire, famoso y acaudalado, que vivía entonces junto a madame du Câtelet, en el castillo de Cirey.

El príncipe y el escritor tenían en común su amor por la literatura, un escepticismo pronunciado sobre las cosas tradicionales, equilibrado por una igual credulidad por las cosas modernas, el hastío de la religión y las intrigas de los curas, ya que el *filósofo* prefería mucho más las intrigas de la gente de letras.

Pero sus afinidades se acababan ahí. El francés era arribista, intrigante, ávido de honores y de dinero y libertino. En cuanto al príncipe, sólo se ocupaba de las letras como aficionado y, por tanto, no tenía las extravagancias de esta profesión. Por otra parte, le agradaba la austeridad. Así, pues, sus relaciones

permanecieron sobre todo en el nivel de las palabras ingeniosas y de los versos. Cuando se ponían a tratar cosas más profundas, ambos amigos estaban en completo desacuerdo.

Federico escribía sobre cualquier tema, pero sus obras únicamente llenarían una pequeña biblioteca. Trataban de costumbres, de historia, de política y también, aunque algo menos, de arte y literatura. Amante del manierismo y la retórica, su búsqueda constante de buenas palabras rompía su vena lírica. Sus conceptos políticos eran muy del siglo XVIII y para él el *locus classicus* era el Rey Sol.

Pero sus desventuras de juventud, la opinión que tenía de su padre el rey, su ateísmo posiblemente le condujeron a buscar otra justificación a la realeza y al orden social distinta de la del derecho divino, y creyó encontrarla en el Contrato Social, que de hecho convenía más a un autócrata moderno, que quería reinar sin tener que tratar con molestos cuerpos intermediarios.

En 1739, escribió a propósito de este tema un pequeño libro, que revisó con ayuda de Voltaire y publicó en 1740 con el título de *Estudio sobre «El Príncipe», de Maquiavelo, con notas históricas y políticas*; se trata de una refutación de Maquiavelo, una denuncia de los métodos empleados por los príncipes italianos del Renacimiento. Imbuido de las ideas moralistas y optimistas de la *época de las luces*, Federico sostenía que la moralidad pública y la privada eran una misma cosa, así como las razones morales

♦ La Prusia de Federico el Grande era las mismas razones de Estado. La obra está llena tanto de buenos sentimientos como de hipocresía.

Pero pronto el príncipe tuvo que ocuparse de auténticos asuntos de Estado. Federico Guillermo murió, efectivamente, el 31 de mayo de 1740, confiando en su heredero: «Sé que ama el ejército y que es enérgico, así que todo irá bien», fueron sus últimas palabras.

El reinado de Federico el Grande

FEDERICO II heredó un reino de 120.000 kilómetros cuadrados poblado por 2.240.000 habitantes, un tesoro de ocho millones de táleros y un ejército de 80.000 hombres. Era rey, margrave y príncipe elector del Sacro Imperio Romano Germánico, señor de seis ducados, cinco principados, diez condados y varias baronías. Todos estos títulos correspondían a otros tantos territorios, a menudo aislados.

Adquiridos por herencia o conquista, por secularización de los antiguos bienes de la Iglesia, por tratado o colonización, cada territorio tenía su propia legislación, su propia administración, su autonomía jurídica. Las situaciones de los territorios eran muy distintas. No eran barreras las que delimitaban los países, sino los derechos, y estos derechos no eran casi nunca aceptados por ambas partes. De un territorio a otro, los uniformes, la moneda, las costumbres y las leyes eran diferentes.

Aunque en el siglo XVIII las monarquías europeas aspiraban a ser *racionales*, eran, sin embargo, mucho menos autoritarias que los Estados modernos, donde los individuos estaban sometidos a montañas de leyes y conducidos a comportarse de manera uniforme. Así, a causa del carácter medieval de la vida social, el soberano, y particularmente el rey de Prusia, se veía obligado a gobernar con mano de hierro.

El único denominador común del reino era, en efecto, la persona del rey, sin la cual la unidad del Estado no habría existido. Dependían directamente del rey el ministro del gabinete (por ejemplo, de Asuntos Exteriores), el canciller (o ministro de Justicia), el Departamento de Asuntos Eclesiásticos y el Directorio General de Finanzas, de la Guerra y de los Territorios.

Diecisiete Cámaras de Guerra y de Territorios administraban las provincias y en cada circunscripción había un *landrat* o consejero; la jurisdicción local era confiada a la aristocracia terrateniente. Pero ciertos poderes estaban excluidos de estas estructuras, donde sobrevivían las antiguas leyes y costumbres.

El nuevo rey era considerado por sus contemporáneos con una especie de mórbido interés. Hijo rebelde, casado contra su voluntad, filósofo al estilo de Voltaire, hombre de letras, flautista, conversador refinado: no hacía falta otra cosa para alimentar la chismografía de las cortes europeas.

No era físicamente robusto. Medía un metro setenta, lo que no es mucho tratándose de un alemán.

Era moreno y no poseía la gracia que le prestaron sus retratistas. Destacaban sobre todo sus ojos azules, atrayentes y, desde luego, aterradores cuando montaba en cólera. Su salud era frágil. Tenía una voz clara, agradable y persuasiva, y era muy elocuente. No podía evitar hacer chistes, donde dejaba el paso libre a su ironía y a su espíritu mordaz. Los años y las preocupaciones de su cargo le volvieron desabrido. Perdió a sus amigos de los viejos tiempos de Rheinsberg y le tomó cada vez más el gusto a la soledad.

Se quiso hacer de él un humanista, en los dos sentidos del término, pero para él las humanidades no eran más que un pasatiempo, un pasatiempo favorito, y las teorías utópicas que fingía a veces hacer suyas no le desviaron del sentido de las realidades del Estado.

El joven rey trabajaba constantemente y se interesaba por todo. Abolió la tortura como sistema de interrogatorio; proclamó la tolerancia religiosa, dejando a cada uno creer en lo que quisiera. Hizo volver al filósofo Wolf, que su padre había destituido de su cátedra de la Universidad de Halle. Fundó la *Academia prusiana*. Rehabilitó al teniente Keith y le promovió a teniente coronel; hizo que le concediesen una pensión a la joven que había amado.

Para evitar las discusiones sobre el precio del trigo tras una mala cosecha, estableció los almacenes del Estado. Restringió los castigos corporales en el ejército y abolió el batallón de gigantes de su padre.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Por otra parte, creó dieciséis nuevos batallones y seis nuevos escuadrones.

Para sosegar el espíritu, viajó a Königsberg, Bayreuth y Ansbach. Pero sobre todo fue a Francia para ver al fin esta «patria de las luces». Quedó decepcionado. En una carta a Voltaire describió a los franceses como un pueblo «ligero, galante, orgulloso en la felicidad y servil en la desgracia»; esto no era de su agrado. Recibió allí el homenaje de su gran amigo y aprovechó para llevar consigo al naturalista Moreau de Maupertuis, a quien nombró presidente de la *Academia prusiana*.

El despotismo ilustrado

ESTE PROTOTIPO del *despotismo ilustrado* que fue Federico tenía tanto de ilustrado como de déspota. La cultura que poseía era la misma de tantos otros de la época y ejercía el poder de forma absolutista. El rey controlaba todo, al menos todo lo que podía. Sus relaciones con el aparato del Estado eran extremadamente autoritarias. Nunca reunía al gabinete: cada departamento debía presentar sus informes, que tenían que ser breves y concisos, dejando un margen para que el rey hiciese allí sus observaciones, que a menudo eran cáusticas e incluso insultantes, como las de un académico pedante.

Federico II era un buen administrador y no malgastaba el dinero público, que consideraba como «la sangre y el sudor del pueblo». Prusia era pobre, no tenía los recursos de otros países: «Nosotros no tenemos ni Perú, ni ricas compañías de mercaderes, ni bancos... Está prohibido —escribía— descontar ni un céntimo de impuestos sin mi orden escrita, bajo

pena de muerte.» Los artículos de lujo estaban fuertemente gravados, mientras que el pan, la carne y la cerveza permanecían baratos.

Continuó la política comercial de sus predecesores, favoreciendo los productos nacionales. «Si trabajáis en vuestra casa, vuestro dinero permanecerá en el país.» Era preciso exportar lo máximo posible e importar lo menos posible. Los prusianos debían beber cerveza, no vino. Si el azúcar era escasa, había que construir nuevas refinerías, y lo mismo con el papel y la seda. El príncipe tenía una capacidad extraordinaria para evaluar las necesidades del país y encontrar el medio de satisfacerlas. La caja real se usó para la construcción de espléndidos palacios, pero también sirvió para ayudar a territorios devastados por la guerra o las epidemias.

Se aplicaba una política estricta de separación de clases. Los súbditos del rey de Prusia no tenían derecho a salir al extranjero, y la nobleza no podía servir en el extranjero. Las ciudades conservaban sus antiguas libertades y se otorgaban privilegios a la clase media porque su prosperidad significaba prosperidad para el Estado.

El rey redujo el tiempo de trabajo obligatorio de los campesinos, pero les prohibió comprar tierras a los nobles. «El soberano debe considerar que es su deber proteger a la nobleza que constituye el adorno más espléndido de su corona y el lustre de su ejército. A tal fin, es preciso impedir a las clases inferiores adquirir las propiedades de los nobles, y si un

♦ La Prusia de Federico el Grande
gentilhombre se ve forzado a vender sus tierras, sólo
los gentilhombres pueden comprárselas.»

Federico desconfiaba de los príncipes de sangre. Trataba con consideración a quienes no respetaban su autoridad, pero los mantenía alejados del poder. «Prusia es un enorme cuartel», decía el poeta italiano Alfieri, y para Mirabeau «La guerra es la industria nacional de Prusia.» Federico confesaba que la política, las finanzas y los asuntos militares eran inseparables. El reino estaba rodeado de poderosos vecinos y debía estar preparado para largas guerras.

Los militares formaban una clase social que era el pilar del Estado y disfrutaban de un gran prestigio, incluso en tiempo de paz. Así, el rey de Prusia debía ser ante todo un hombre de guerra. Fue el carácter decidido y autoritario de Federico lo que hizo de Prusia un estado poderoso y victorioso, pero tuvo que hacer de la guerra su pan de cada día.

El 20 de octubre de 1740 la muerte del débil emperador Carlos VI conmovió a Europa. Federico escribió a Voltaire: «Esta muerte destruye mis planes de paz y creo que en el próximo mes de junio tendremos que preocuparnos más por la pólvora de los cañones, de los soldados y de las trincheras que de actrices, ballets y teatros.»

He aquí, brevemente, el estado de Europa en este año de 1740, que es el de la muerte del emperador del Sacro Imperio y de la subida al trono de Federico II. El imperio estaba en manos de los Habsburgo desde hacía tres siglos, las posesiones de esta

♦ La Prusia de Federico el Grande

casa se extendían por la región del Danubio y la mayor parte de los demás estados que componían esta vieja entidad no reconocían del emperador más que su título.

Inglaterra, que tenía un rey hannoveriano, estaba gobernada por el partido *whig* de Walpole, que favorecía la expansión comercial. Esta nación, de ocho millones de habitantes, poseía la flota más poderosa de Europa. Francia era un país muy poblado, con veinte millones de habitantes, pero estaba todavía debilitado por las secuelas del oscuro período de declive que había sucedido al esplendor y a las guerras del Rey Sol. El país estaba gobernado por el cardenal Fleury, viejo, astuto y prudente.

La España de Felipe V, que aún no se había recuperado de una agotadora guerra de sucesión, había perdido su rango de gran potencia. En Rusia, la zarina Ana había muerto tres días antes que el emperador, y este imperio era presa de una crisis debida a la sucesión.

Se había creado un amplio o vacío en el corazón de Europa. Carlos VI no dejaba herederos varones. No sólo su hija María Teresa no podía aspirar al título, sino que iba a tener dificultades en obtener las posesiones de su propia casa. Para facilitarle las cosas, Carlos VI había promulgado una ley constitucional, la Pragmática Sanción, estableciendo la indivisibilidad de los Estados de los Habsburgo y admitiendo a las hijas del último monarca reinante como herederas legítimas.

♦ La Prusia de Federico el Grande

María Teresa diría más tarde que había heredado un vasto país «sin dinero, sin crédito, sin ejército y sin experiencia». El rey Federico comenzó por ofrecer a la heredera de Austria su apoyo a cambio de una retribución. Esta retribución era la Silesia, provincia fronteriza con Prusia, rica en recursos minerales e industrializada.

Y todos los Estados de Europa se aprestaron a atraer a una emboscada a esta reina de veintitrés años, pensando que sería una presa fácil. Carlos Alberto de Baviera presentó su candidatura al imperio, convirtiéndose así en el rival de Francisco Esteban de Lorena, gran duque de Toscana y marido de María Teresa.

Federico hizo fabricar cínicamente razones legales para justificar la agresión que preparaba. No obteniendo respuesta satisfactoria de Viena, en la veda del 12 al 13 de diciembre ofreció un baile en la corte y se dirigió esa misma noche al encuentro del estado mayor de su ejército. El 16 cruzaba la frontera con 40.000 soldados. Era la primera *blitzkrieg* de la historia de la Alemania moderna.

El poderoso ejército prusiano

EL REY DE PRUSIA estaba convencido de la superioridad de su ejército. La infantería prusiana era una máquina perfecta, capaz de las maniobras más difíciles y más rápidas, lo que multiplicaba su poder de fuego.

Silesia era una presa fácil. Casi sin guarnición, estaba en parte habitada por protestantes hostiles a Austria. El enemigo rehusó presentar batalla y al cabo de seis semanas Federico había completado su triunfal desfile. El 25 de enero llegó a Berlín y los dos ejércitos ocuparon sus cuarteles de invierno, por acuerdo recíproco, como era costumbre en estos cortesanos tiempos.

En febrero, Federico cometió una imprudencia y quedó casi a merced de los austríacos, que utilizaban grupos de partisanos para crear confusión. Cuando las operaciones militares se reanudaron, los prusianos ocuparon la fortaleza de Glogau, pero fue-

♦ La Prusia de Federico el Grande

ron sorprendidos por el enemigo, ayudado por la población católica. El 10 de abril le tocó el turno de lanzar un ataque sorpresa a Federico, pero descuidó reforzar la ventaja obtenida y quedó maltrecho por la caballería enemiga.

El prusiano Kurt Schwerin cambió el resultado llevando a cabo un ataque irresistible. Un oficial austríaco describió así el avance de la caballería prusiana: «Marchaban tranquilamente y en buen orden, como para una revista. Sus armas blancas lucían bajo el sol y su continuo fuego era como un trueno.» El ejército austríaco se batió en retirada, pero las pérdidas fueron muy grandes por ambos bandos. Esta victoria dio prueba de la inexperiencia del joven rey, pero también de su valor.

Las potencias extranjeras, impresionadas por esta agresión, comenzaron a apoyar a María Teresa, en defensa de sus propios territorios, estropeando así los planes de Federico, que creía que todas se lanzarían contra Austria. Pero Francia no tardó en sacar ventaja de la situación para debilitar a Austria, su enemiga, y el cardenal Fleury formó alianza con Federico. Los príncipes del imperio apoyaron la candidatura de Carlos Alberto de Baviera y las tropas franco bávaras invadieron Austria y marcharon sobre Viena.

María Teresa se vio obligada a abandonar la capital, pero el 11 de septiembre de 1741, con su hijo José en brazos, apareció a caballo ante la Dieta de los nobles de Hungría, reunida en Petersburgo, y los

exhortó a tomar las armas. Los caballerosos húngaros proclamaron la insurrección general en defensa de «nuestro rey María Teresa» y se alzaron en armas con sus húsares, panduros y croatas. Así, involuntariamente, Federico II de Prusia había creado el imperio bicéfalo austrohúngaro.

El cardenal Fleury no quiso continuar su ofensiva y Federico concluyó con Viena, el 9 de octubre, el tratado secreto de Klein-Schnellendorf, uno de los más cínicos de la historia. Las tropas austríacas abandonaron Silesia, pretendiendo que continuaban el combate haciendo algunas escaramuzas, mientras que la fortaleza de Neisse se rendía a los prusianos después de un asedio amañado.

Este feo asunto se vio agravado por la mala fe de ambas partes. Federico estaba convencido de que María Teresa no guardaría el secreto y que tendría así una excusa para romper la tregua. La reina, por su parte, esperaba la ocasión de recuperar sus territorios. Antes del comienzo del invierno Federico anunció que los austríacos habían violado el secreto y que ya no estaba ligado por el tratado.

En enero de 1742 Carlos Alberto de Baviera fue elegido emperador con el nombre de Carlos VII, pero María Teresa no se resignó. La guerra prometía durar. El 17 de mayo Federico se enfrentó en Chotusitz, Bohemia, con el ejército austríaco, comandado por Carlos de Lorena. La plaza fue tomada en principio por los austríacos, pero el poder del fuego de la infantería prusiana acabó por prevalecer: 7.000 aus-

♦ La Prusia de Federico el Grande

tríacos quedaron tendidos en el suelo junto a 3.600 prusianos. El rey se hallaba en una posición que le permitía dirigir cualquier acuerdo. Con la mediación de los ingleses concluyó el tratado de Breslau, firmado en Berlín el 28 de junio de 1742. Prusia obtuvo Silesia a cambio de 1.200.000 táleros.

Tras este triunfo, que él consideró como suerte de principiante, pudo entregarse a actividades menos austeras. Inauguró la nueva ópera, conquistó a la célebre bailarina Barberina Campani, quien durante cuatro años fue la favorita del rey y a la que le concedió un sueldo equivalente al salario de tres ministros, él que era tan parco. Pero los que en Europa creían que el rey de Prusia había renunciado a sus intenciones belicosas se equivocaban de medio a medio.

El 5 de junio de 1744 un nuevo tratado restableció la alianza con Francia. El 6 de septiembre Federico tomó Praga. Pero los franceses, deliberadamente o por error, dejaron que el ejército austríaco del Rin rompiera el cerco y amenazase así a los prusianos por el flanco. Federico se vio obligado a una retirada desastrosa por las montañas, los bosques y las lagunas. Acosados por los soldados irregulares austríacos y diezmados por la enfermedad, los soldados del rey de Prusia dejaron en el campo 17.000 muertos y gran parte de su equipo.

El 20 de enero de 1745 murió el emperador Carlos VII, a la edad de 48 años. Su heredero, Maximiliano de Baviera, reconoció la Pragmática Sanción y votó por Francisco Esteban, marido de María Teresa.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Federico salió de Berlín hacia Silesia el 15 de marzo. Tenía que vérselas con tres enemigos: los partisanos, el ejército austríaco y el ejército sajón. El 4 de junio 70.000 austríacos se enfrentaron con 60.000 prusianos. Federico adoptó una nueva táctica con intención de atacar, por la retaguardia, al enemigo. Los austríacos perdieron 15.000 hombres, tres veces más que los prusianos. La victoria había sido clara, pero no supo ser explotada como la mayor parte de las victorias de Federico.

El 13 de septiembre de 1745 Francisco Esteban fue elegido emperador por siete votos de un total de nueve. El último día de este mes hubo una nueva batalla austro-prusiana que se saldó con una nueva derrota austríaca. El 23 de noviembre una nueva victoria prusiana permitió a este país negociar con Austria, que no cesaba de ser vencida. El día de Navidad de 1745 los dos beligerantes firmaron el tratado de Dresde: Austria reconoció la frontera de Silesia de 1742 y Prusia reconoció a Francisco I como emperador.

El tratado de Dresde fue confirmado por el de Aix-la-Chapelle. «De ahora en adelante no atacaré ni siquiera a un gato», exclamó el rey cuando regresó a Berlín. Quería aprovechar la paz. Sus victorias habían hecho de Prusia una gran potencia y habían costado muchos territorios y prestigio a Austria mientras se consolidaba la dinastía de los Habsburgo.

Después de la guerra, la paz

EL PERÍODO que va desde 1745 a 1756 estuvo dedicado a las tareas que sólo pueden realizarse en tiempo de paz. El rey se imponía largas jornadas de trabajo. Se levantaba al alba, leía informes, asistía a las reuniones del gabinete, almorzaba con algunos invitados, era un gran *gourmet* y él mismo elegía el menú, leía, escribía y tocaba la flauta. Al igual que su padre, Federico siempre vestía el uniforme de su regimiento.

Hizo construir su retiro de Sans Souci, para él y sólo algunos amigos escogidos. En 1750 la marquesa de Câtelet murió, y el rey consiguió traer a Voltaire a Berlín. Le colmó de regalos y le concedió una pensión de 20.000 francos, que era el medio más seguro de agarrar al gran hombre por su punto débil. El escritor era tan chismoso y celoso como una *prima donna* y terminó por cansar a Federico; se separaron en 1753, pero continuaron escribiéndose hasta la muerte del *sabio de Ferney*.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Federico se consideraba y actuaba como el *Papa de las Iglesias luteranas y reformadas*, lo que no le impidió abrir Prusia a los jesuitas, condenados por Clemente XIV. Les confió la educación de los hijos de los nobles de Silesia.

El tratado de Aix-la-Chapelle pareció poner término a las discordias europeas. Los ideólogos ya veían a la *Razón* conducir plácidamente a la humanidad hacia el progreso indefinido bajo el báculo de los príncipes ilustrados. Federico fingía a veces creer en ello ante los círculos académicos, pero en su fuero interno veía las cosas de modo muy distinto. No creía en la bondad natural del hombre tal como la entendían los *filósofos* y no se sentía obligado a rendir cuentas a sus súbditos sobre su forma de gobernar. Además era muy despótico.

Pero él mismo era austero y honesto. Perseguía la deshonestidad en su reino y las potencias prusianas tenían a menudo a alguien al extremo de la soga. Si su ejemplo personal incitaba a los funcionarios a ser escrupulosos en sus deberes, lo era mucho más su terrible mirada, que les paralizaban y les hacían perder toda iniciativa.

A partir de 1749 Federico II tomó en sus manos la organización económica del país, poniendo en ello toda la energía de que era capaz. Hizo drenar las tierras cenagosas e instaló allí a muchas familias de emigrantes. En el campo de la agricultura introdujo mejoras tales como la rotación de cultivos, la selección del ganado y desarrolló el cultivo de forraje y de

papas. Se interesó por las estadísticas, una ciencia recién nacida, y se convenció de la necesidad de una cierta autarquía económica.

Era preciso que Prusia produjese por sí misma el mayor número posible de productos manufacturados. En Berlín se hacían telas de lujo, en Francfort se trabajaba el cuero. Impulsó la cría de gusanos de seda, y para ello hizo imprimir prospectos explicativos, incluso pidió a los predicadores que fuesen ellos los pedagogos desde sus púlpitos. Al final de su reinado tuvo la satisfacción de ver que el presupuesto del Estado era de nuevo acreedor. El dinero que llegaba de las provincias ricas era administrado directamente por el rey. Posteriormente, pasados muchos años, el *canciller de hierro*, Bismarck, actuaría del mismo modo que Federico.

En el campo de la economía política, Federico tenía ideas opuestas a los fisiócratas y partidarios del libre comercio, pues era resueltamente proteccionista. En lo referente a la administración, y la justicia, el rey era centralizador; al final de su reinado llegó a cambiar el Código General, que estaba fundado en los principios del despotismo ilustrado. Vigiló cuidadosamente que se respetase la distinción de «castas».

Cuando accedió al trono, Prusia era un mosaico formado por un puñado de tierras: su gran triunfo fue hacer de ella una patria verdadera. Federico era muy escéptico respecto de las corrientes populistas; se preocupaba poco de hacer llegar la educación al pueblo y en este punto se oponía rotundamente a las teorías de su buen amigo Voltaire.

♦ La Prusia de Federico el Grande

En 1756 Prusia contaba con cuatro millones de habitantes, contra doce millones de Austria, veinte millones de Francia y ocho millones de Inglaterra. Prusia estaba aislada y Silesia no estaba comunicada con Brandeburgo más que por un pasillo de diez kilómetros de ancho. Las posesiones occidentales de las orillas del Rin no podían ser defendidas.

Una política de alianzas

LA PAZ FIRMADA en Dresde había dejado a Federico sin aliados. En 1746 Austria y Rusia concluyeron una alianza secreta; la zarina concentraba tropas frente a la frontera prusiana cada primavera. Federico elevó los efectivos de su ejército a 154.000 hombres para poder oponerse así a los dos adversarios a la vez. Tenía en cuenta también la irreductible hostilidad entre la casa de Francia y la de Austria. Pero los intereses dinásticos de ésta dejaron el Rin para orientarse hacia el sur, hacia Italia y Hungría, y el embajador de Austria en París, el conde Kaunitz, trabajaba para acabar con esa rivalidad histórica. En cuanto a Francia, por el momento pensaba sobre todo en su política colonial y el enemigo de ese momento era Inglaterra.

El 16 de enero de 1756 Federico firmó la convención de Westminster, por la que Inglaterra y Prusia se unían para prohibir la entrada de tropas extranjeras en Alemania. Kaunitz podía ahora hacer pre-

♦ La Prusia de Federico el Grande

sión sobre Versalles y el 1 de mayo concluyó un pacto defensivo que permitía a Austria ocupar Silesia en caso de un ataque prusiano. Francia proporcionaría ayuda militar y financiera.

Federico II movilizó sus tropas pidiendo a María Teresa garantías. El 25 de agosto de 1756 invadió Sajonia, que era neutral, sin declaración de guerra y sin razones aparentes. Era un desafío lanzado a Europa. Tomó Dresde, mantuvo prisionera a la familia real y examinó minuciosamente los archivos con la esperanza de encontrar allí la prueba de una conspiración contra Prusia. Pidió una vez más que Viena le diese seguridades de no agresión, pero Kaunitz rechazó sus demandas. Así comenzó la guerra de los Siete Años.

Es difícil saber si Austria y sus aliados hubiesen atacado a Prusia si Federico no se hubiese mostrado tan belicoso. En cualquier caso, el comportamiento del rey de Prusia contribuyó a consolidar la alianza que se había formado contra él. «Se hacen grandes cosas cuando se corren grandes riesgos», le gustaba decir, causando el asombro de todos. Pero subestimó a sus adversarios. Dio instrucciones al mariscal Lewaldt para negociar con los rusos después de la victoria. Creía que Sajonia estaba anexionada.

La Dieta del Imperio se reunió en Regensburg el 29 de enero de 1757 y declaró la guerra a Federico. Los ejércitos imperiales no le daban miedo, pero contribuían a apretar la cuerda para estrangularle, sin contar la amenaza sueca en el Norte.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Federico continuó su avance en Sajonia y un 1 de octubre encontró al enemigo en Lowositz. La caballería prusiana atacó, pero fue rechazada. Federico se vio obligado a emplear casi todas sus reservas. El éxito quedó asegurado, pero las perdidas fueron parejas en ambos bandos. Finalmente los austríacos se batieron en retirada, aunque consiguieron establecerse en la otra orilla del Elba.

La campaña de 1757 fue un modelo de audacia y su primera fase fue imitada por Moltke en 1866. Federico invadió Bohemia y sorprendió al enemigo en sus cuarteles de invierno. El 5 de mayo, en Praga, se libró una de las batallas más sangrientas del siglo, en el curso de la cual el valiente mariscal Schwerin perdió la vida. La victoria les correspondió a los prusianos, pero los austríacos pudieron escapar de la aniquilación refugiándose en la ciudad.

Los prusianos no tenían la artillería necesaria para obligar a la ciudad a rendirse, y además el rey estaba poco dispuesto a llevar a cabo un asedio. Decidió de pronto enfrentarse a los refuerzos austríacos al mando del mariscal Daun. Pero Daun era totalmente lo contrario de Federico, su táctica era la de un *cunctator*. Se atrincheró en los altos de Kolin, a cubierto. Al día siguiente, Federico atacó al enemigo y por la noche Daun dirigió la retirada; pero el general Nastitz, que mandaba la caballería sajona enviada desde Varsovia, advirtió que los prusianos habían perdido contacto, los atacó y los obligó a retirarse.

♦ La Prusia de Federico el Grande

La noticia de la gran derrota del gran caudillo se extendió por Europa como una nube de polvo. Se levantó el sitio de Praga y los prusianos fueron obligados a una desastrosa retirada hostigados por los austríacos y los sajones.

La coalición, envalentonada por la victoria de Kolin, empezó a moverse. Los suecos avanzaron en Pomerania; los rusos vencieron al general Lewaldt en Prusia, mientras que los franceses, dueños ya de Alemania del sur, amenazaban con unirse a los aliados en Magdeburgo. El duque de Cumberland, hijo de Jorge II de Inglaterra, el único aliado de Federico, huyó de Hannover, dejando Brandeburgo al descubierto y se rindió vergonzosamente. Un destacamento austríaco tomó Berlín e impuso una multa de 100.000 táleros. La familia real se refugió con su tesoro en la seguridad de Spandau y Federico propuso la paz, pero en vano.

Un intelectual en la guerra

SE IDENTIFICABA con los héroes de Racine. Por la noche recitaba los versos de Racine en su tienda, y se conmovía tanto que lloraba. Voltaire le exhortaba a rendirse. Le respondió: «Frente a la tempestad debo pensar, vivir y morir como un rey.» Dos ejércitos franco-imperiales venían del Oeste con una dotación de 125.000 hombres. La noche del 4 de noviembre Federico hizo una proclama a sus tropas: «He compartido con vosotros vigiliass, pruebas, penas y peligros... Ahora, amigos míos, sólo os pido que unáis mi fervor a vuestro fervor, mi amor a vuestro amor... Sed hombres y tened confianza en Dios...»

El 5 de noviembre de 1757, cerca de la ciudad sajona de Rossbach, tuvo lugar una de las batallas más famosas de la historia. Las tropas francesas e imperiales no encontraron frente a ellas más que un ejército muy escaso. Creyéndose vencedoras, prorrumpieron en gritos de alegría y dispararon salvas al azar. Eran 65.000 contra 9.000 prusianos.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Pero los escuadrones del general Seydlitz barrieron con la caballería aliada que había avanzado en desorden y en su carga desbordaron al enemigo por su flanco. La batalla no duró más que una hora. La derrota fue catastrófica. Los prusianos sólo perdieron 500 hombres, mientras que los francoaustriacos dejaron 3.000 muertos o heridos sobre el campo de batalla, con ocho generales, 300 oficiales, 67 cañones, 22 banderas y 7.000 prisioneros. En adelante, Francia no se atrevió a atacar más al rey de Prusia. Fernando de Brunswick liberó Hannover y Westfalia, empujando a los franceses al otro lado del Rin.

En Silesia, Breslau cayó en manos de los austriacos. Federico acudió allí y tras una marcha forzada de dos semanas se enfrentó con el enemigo en Leuthen. Los austriacos perdieron allí 30.000 hombres y Federico recuperó la capital de Silesia, haciendo 17.000 prisioneros. El ejército austriaco del príncipe de Lorena había perdido las dos terceras partes de sus efectivos y se retiró a Bohemia.

La campaña de 1758 estuvo marcada por una nueva ofensiva de los rusos, que avanzaron hasta Küstrin. Federico se enfrentó a ellos el 25 de agosto en Zorndorf. Los rusos tuvieron que replegarse en desorden, dejando 22.000 muertos, pero por su parte los prusianos habían perdido 14.000 hombres.

Daun amenazaba Dresde y Federico acudió a Sajonia. El 13 de octubre acampó en Ochkirch en una posición desventajosa. Daun, contrariamente a sus costumbres, atacó por la noche a la luz de las casas

♦ La Prusia de Federico el Grande incendiadas. Al alba, Prusia había perdido la batalla y 8.000 muertos yacían sobre el campo.

Federico había subestimado a su enemigo. Con una energía excepcional, reunió a sus tropas deshechas, regresó a Silesia, tomó la fortaleza de Neisse y acabó de ocupar Sajonia y Silesia. El mismo día de esta desastrosa batalla, Federico recibió un mensaje anunciando la muerte de su bien amada hermana Guillermina. «Estoy cansado de la vida —declaró—. He perdido todo lo que amaba y apreciaba en este mundo.» Sufría, además, crisis de artritis y el insomnio no le abandonaba. Ya no tenía el ejército de antes.

El año 1759 fue el peor. Las arcas del tesoro estaban vacías y tuvo que determinar los gastos administrativos con el papel moneda devaluado. Pero sus soldados querían táleros: los tuvieron, aunque cada vez tenían más cobre. Federico II se volvía, experiencia obliga, prudente. Hizo frente al enemigo en posiciones atrincheradas. Pero los austríacos se unieron a los rusos y no tuvo elección. Dejando Sajonia, atravesó el Oder y atacó al enemigo en Kunesdorf, en la madrugada del 12 de agosto. Empezó con ventaja, pero no pudo aprovecharla. Le mataron tres de los caballos que montó. Una bala de mosquete le dio en el pecho y fue su caja de rapé la que le salvó la vida.

Finalmente, Laudon, su enemigo más valiente, lanzó su caballería al ataque y desbordó a la caballería prusiana. Federico escapó por los pelos de los

cosacos. La noche de esta jornada le quedaban a Federico 3.000 hombres de 48.000. El rey, que habría querido morir en el campo de batalla junto con sus hombres, estaba al borde del suicidio.

Cruzó el Oder, reunió a los que huían y volvió a Spree para defender Berlín. Fue su reputación lo que salvó. Aunque herido, el león daba miedo. Los rusos volvieron a Posen y Daun se dirigió a Dresde. Federico envió al general Fink para hostigarle, pero éste, ante fuerzas muy superiores, tuvo que rendirse con sus 12.000 hombres.

El rey de Prusia comenzó la campaña de 1760 con un ejército heterogéneo, compuesto en parte por ex presidiarios y desertores enrolados bajo su bandera. Expulsado de Dresde, fue casi rodeado en Liegnitz por tres ejércitos austríacos y por los rusos, pero finalmente los rechazó.

Para obligar a Federico a dejar Silesia, Viena ordenó la ocupación de Berlín, que estaba sin defensa. La ciudad se recuperó con el pago de dos millones de táleros, pero sufrió el pillaje de los rusos y de los sajones. El 3 de noviembre Federico aplastó a los austríacos en Torgau.

Durante el año 1761 tuvieron lugar gran cantidad de intrigas diplomáticas. En Inglaterra, el partido de Pitt, aliado de Federico, tuvo dificultades a pesar de sus éxitos en Canadá y en la India. Pitt tuvo que anular la alianza. Federico tuvo que recurrir al pillaje para alimentar a su ejército, reforzado con destacamentos de tiradores singularmente eficaces.

Aprendió también el arte de fortificar los campamentos. Temeroso de ser sorprendido durante la noche, pasaba horas con sus soldados alrededor del luego del campamento.

El 1 de octubre, en Silesia, Laudon tomó el castillo de Schweidnitz, que contenía los depósitos prusianos de municiones. Pero María Teresa reprobó la acción, que había sido realizada sin orden suya, y relevó a Laudon del mando. El 16 de diciembre la plaza fuerte de Kolber, sobre el Báltico, cayó en manos de los rusos.

Federico estaba solo y esperaba un milagro: que los turcos atacasen a los austríacos. Decidió esperar a febrero y luego matarse como Catón. «Cuando ve al país y a sus amigos perecer, un cobarde puede seguir viviendo, pero un héroe debe morir.»

El milagro ocurrió. Los turcos no atacaron a Austria, pero la zarina Elisabeth murió el 5 de enero de 1762; su sucesor fue Pedro III, un fanático admirador de Federico. El 23 de febrero el nuevo zar anunció el fin del estado de guerra con Prusia. El 5 de mayo firmó la paz y se convirtió en aliado de Federico.

Pero la situación no estaba solucionada, sin embargo. Habiendo perdido a su aliado inglés, Prusia estaba al borde de la bancarrota. Federico perdió también el apoyo de Pedro III, víctima de una conspiración urdida por su esposa, la futura Catalina la Grande. Pero no se dejó abatir. El 9 de octubre volvió a tomar Schweidnitz. El 29 del mismo mes el hermano de Federico, Enrique, batió a los austría-

♦ La Prusia de Federico el Grande
cos y a sus aliados alemanes en Freyberg. Fue la última victoria prusiana.

La paz era el signo de los tiempos. El tratado de París, firmado el 10 de febrero de 1763, hizo de Gran Bretaña el mayor imperio de los tiempos modernos. Federico estaba en posición de fuerza, pues tenía Sajonia y Silesia. En el castillo de Hubertusberg, el 15 de febrero, terminó la guerra de los Siete Años. Federico conservaba sus conquistas de 1745.

Prusia recupera su lugar en Europa

HABÍA COMBATIDO contra toda Europa y se había convertido en un personaje legendario. Regresó a Berlín, casi en secreto, el 30 de marzo. Había envejecido prematuramente, se lo veía encorvado y con el cabello gris; había sido probado física y moralmente y había perdido sus últimas ilusiones. Los reveses sufridos le habían madurado, pero también habían destruido su entusiasmo. «Esta noche de mi vida es tan terrible como su mañana.» Le esperaba todavía un larguísimo crepúsculo solitario.

Esta extraña guerra de los Siete Años acababa sin vencedores ni vencidos. Numerosos factores pueden contribuir a explicar esta situación: los enemigos de Prusia no actuaban juntos ni simultáneamente y, sobre todo, las victorias y derrotas, en el siglo XVIII no eran casi nunca decisivas, pues no se las aprovechaba. Se trataba de continuar siendo el

♦ La Prusia de Federico el Grande

propietario del campo de batalla, no de aniquilar al enemigo. Pero el recuerdo mítico de sus victorias fue el legado más importante que Federico hizo a la nación alemana.

Federico II iba a reinar todavía veintitrés años más. Se ocupó de la intendencia. Era preciso, en primer lugar, reconstruir el reino, que había perdido medio millón de habitantes. El rey volvió a poner en orden sus finanzas e hizo reconstruir 15.000 casas en Silesia y en Pomerania. Hizo venir a Berlín al superintendente y filósofo Helvitius, que puso en marcha un régimen de impuestos indirectos eficaz pero muy impopular. En 1765 el rey fundó la Banca del Estado y en 1768 hizo construir el nuevo palacio de Potsdam, donde no vivió nunca.

El año de 1763 vio la muerte de Augusto III, rey de Polonia. Catalina II de Rusia impuso a su candidato, Stanislas Poniatowski, un noble polaco que había sido su favorito. En contra de los deseos de su protectora, el nuevo rey quiso suprimir el *Liberum*, veto que volvía al país ingobernable. Catalina protestó contra esta violación de las «libertades polacas». Se enfrentaron las dos partes y se cometieron grandes masacres. Federico y el emperador José I estaban preocupados por la política expansionista de Rusia, que estaba en guerra con los turcos.

Austria fue la primera en cometer un acto ilegal, al ocupar un pequeño territorio fronterizo polaco. Federico propuso desviar las ambiciones territoriales de la zarina hacia Polonia. El 15 de agosto, los

♦ La Prusia de Federico el Grande

tres grandes estados firmaron el tratado de San Petersburgo para sancionar el primer reparto de Polonia. Federico dijo con gracia que las tres grandes ramas de la cristiandad —la ortodoxa, el catolicismo y el protestantismo— se unirían con este acuerdo, pues participaban del mismo cuerpo eucarístico.

Austria y Rusia se llevaron partes mayores que Prusia. Federico obtuvo Prusia occidental, poblada por medio millón de habitantes. Pero se había dado un paso importante para la formación de un Estado unificado. Los nuevos territorios unían Prusia con Brandeburgo. Sobornada por el dinero y aterrorizada por las bayonetas de las tres grandes potencias, la aristocracia polaca aceptó los términos del tratado de San Petersburgo.

La legendaria figura de Federico

HACIA EL FINAL de su vida, Federico se convirtió en objeto de culto. Venían de todas partes para asistir a las revistas que pasaba el rey de Prusia. A pesar de su artritis y de su asma, siempre estaba trabajando. A las puertas de la muerte terminó sus tres libros de leyes.

Prusia era ya una gran potencia europea. En 1788 el emperador José II tomó como pretexto la muerte del duque Maximiliano de Baviera para reafirmar antiguos derechos sobre este territorio. Fue un intento de poner el pie de nuevo en Alemania. Había que aprovechar la ocasión: Francia estaba amistosamente a su favor tras la boda de Luis XVI con María Antonieta, hija de María Teresa; Inglaterra hacía la guerra en ultramar y Rusia luchaba contra Turquía. El heredero del ducado, Carlos Teodoro, sólo se preocupaba del arte y del teatro.

Federico se convirtió de pronto en celoso guardián de los derechos del imperio. Esta actitud pare-

♦ La Prusia de Federico el Grande

ció exagerada a sus contemporáneos, pero era la única posible, pues Prusia podría ser la mayor potencia si excluía a sus rivales alemanes. Ésta sería la política de Bismarck un siglo después: Alemania alrededor de Prusia y Austria fuera de Alemania.

En la Dieta de Ratisbona, Federico pidió que José II abandonase Baviera. El 5 de abril entró con sus tropas en Baviera con 200.000 hombres. En esta ocasión no hubo una guerra relámpago; se trataba sólo de mostrar su fuerza. La campaña terminó sin que tuviesen lugar encuentros importantes. El tratado de Teschen, firmado al año siguiente, rubricó la renuncia de Austria a sus derechos hereditarios sobre Baviera.

María Teresa murió en 1780. tras un reinado de cuarenta años. Había sido uno de los soberanos más poderosos de Europa, gracias a su inteligencia y a su tenacidad. Dejó dieciséis hijos, de los cuales, el primogénito, José II, libre de la tutela de su madre, preparó una maniobra que creyó astuta: la cesión de Bélgica a los Wittdbach a cambio de Baviera, el Palatinado y Salzburgo.

Federico consiguió entonces el mejor golpe diplomático de su carrera. Actuó de suerte que los príncipes alemanes se organizaran para oponerse a las ambiciones de Austria. Hannover y Sajonia se aliaron junto a él, seguidos por catorce estados. La liga de los príncipes fue el primer paso hacia la proclamación del imperio alemán en 1871. Goethe, a la sazón ministro en Weimar, dijo pomposamente que

♦ La Prusia de Federico el Grande

«Federico era la estrella polar alrededor de la cual parecían girar Alemania, Europa y el mundo».

Pero el anciano Federico se encontraba muy solo y muy viejo. Sus antiguos amigos habían desaparecido y no tenía humor para iniciar nuevas amistades. Apareció en público por última vez en mayo de 1785, montando su caballo favorito, a la cabeza de un gran desfile. Una multitud enorme y silenciosa se apretujó frente a las puertas del palacio real. «Nuestra vida es una rápida travesía desde el nacimiento hasta la muerte.» Con estas palabras comienza su testamento. Murió como había vivido, solo, a las dos y veinte de la mañana del 17 de agosto del año 1786.

La herencia de Federico para la Historia fue la unidad alemana, y su auténtico continuador fue Bismarck. En el período de tiempo que transcurrió entre el reinado de Federico y el poder de Bismarck no se presentó ninguna personalidad de interés como lo fueron el *Nuevo Alejandro* o el *Canciller de Hierro*. Richard Wagner dijo de él que representaba «la vida interior del pensamiento alemán». Lessing, un «ciudadano del mundo», consideraba a Prusia como el país del mundo más avasallado. Emmanuel Kant, natural de Königsberg, fue obligado a abandonar durante algún tiempo el reino-cuartel de Prusia.

Los sucesores de Federico II

FEDERICO GUILLERMO II no fue un monarca tan despótico como su tío, al que sucedió en el trono. Adquirió los condados de Ansbach y Bayreuth, que pertenecían hasta entonces al último representante de los Hohenzollern de Franconia, en 1791; también obtuvo importantes territorios en el este como fruto de la segunda y tercera particiones de Polonia: primero Danzig y el territorio comprendido entre el oeste de Prusia y Silesia (1793) y más tarde Varsovia, la cuenca del río Narew y el territorio al oeste del curso medio del Niemen (1795).

No tuvo éxito en la guerra de la Primera Coalición contra la Francia revolucionaria; tras haberse coaligado con otras potencias europeas en 1792 tuvo que firmar separadamente la Paz de Basilea en 1795. Por este tratado aceptó la eventual anexión, por parte de Francia, de los territorios alemanes en la margen izquierda del Rin a cambio de que Fran-

♦ La Prusia de Federico el Grande
cia respetara su posible extensión por la margen
oriental del Rin como compensación de sus pérdidas.

La administración de la economía prusiana por parte de Federico Guillermo fue menos prudente que la de su predecesor y acabó provocando importantes desórdenes financieros. A pesar de todo su reino presenció un notable avance en la esfera cultural prusiana: la música y el teatro florecieron en Berlín, donde se construyó la puerta de Brandeburgo como símbolo de las aspiraciones arquitectónicas de la época; en esta misma época Immanuel Kant dio sus famosas conferencias en la Universidad de Königsberg. Las leyes fueron codificadas en la *Allgemeines Preußisches Landrecht* (1794).

Federico Guillermo III sucedió a su padre en 1797. Su política de neutralidad durante las guerras de las coaliciones segunda y tercera contra Francia le valió el respeto y la benevolencia de los poderes beligerantes; cuando, por fin, entró en la contienda en 1806 era demasiado tarde para evitar la catástrofe. Sin embargo, mientras tanto, y bajo la *Reichs-deputationshauptschluss* de 1803, Prusia recibió los obispados de Hildesheim y Paderborn, anteriormente pertenecientes a Mainz (Eichsfeld y Erfurt), y numerosas plazas más pequeñas.

El fracaso de Federico Guillermo III al intentar aliarse con Austria, Rusia y Gran Bretaña en 1805 se debió fundamentalmente a su deseo de anexionarse Hanover (un reino unido dinásticamente a Gran Bretaña). Sus aspiraciones se vieron satisfe-

chas momentáneamente en 1806, como consecuencia de la desafortunada diplomacia de Christian von Haugwitz, pero en septiembre de ese mismo año las ambiciones de Napoleón obligaron a Prusia a declarar la guerra a Francia. La abrumadora derrota de los prusianos en las batallas de Jena y Auerstädt condujo al rápido derrumbe de su Estado.

Por el tratado de Tilsit (1807) el rey tuvo que ceder todas sus posesiones al oeste del Elba y todas las que había adquirido como consecuencia de las particiones segunda y tercera de Polonia, además de la zona meridional del territorio anexionado tras la primera, con lo cual Prusia se redujo a Brandeburgo, Silesia, Pomerania y el noroeste de la antigua Prusia (sin Danzig). Por otra parte, el Estado tuvo que pagar unas reparaciones de guerra exorbitantes y aceptar la ocupación, por parte de Francia, de gran parte de su territorio.

El desastre de 1806 puso de manifiesto la debilidad del Estado prusiano. Había que realizar urgentemente reformas administrativas, sociales y militares, y el primer ministro, Karl von Hardenberg, vio en dicho fracaso la oportunidad de introducirlas. Su idea principal consistía en mostrar una solidaridad consciente con el Estado que permitiera a los ciudadanos desempeñar un papel más activo en los asuntos públicos; con este fin se concedió la emancipación de los siervos de la gleba (comenzada en 1807), una mayor autonomía local (contenida en la *Städteordnung*, u Ordenanza municipal), y se condujo una remodelación del gobierno central.

Aunque Hardenberg fue destituido por sugerencia de Napoleón en noviembre de 1808, las reformas continuaron. Tras los gobiernos menos significativos de F. F. A. von Dohna y Karl von Stein zum Altenstein, en 1810 el rey nombró nuevamente a Hardenberg, esta vez con anuencia de Napoleón, canciller o primer ministro.

A Hardenberg no le atraía especialmente la idea de autogobierno propugnada por Stein y prefería el absolutismo, aunque mostraba cierta simpatía hacia los principios liberales en materia de libre empresa, pero, aunque sólo con fines prácticos, estuvo dispuesto a continuar las reformas.

Para facilitar el pago del tributo exigido por Francia hizo varias concesiones en materia constitucional; por ejemplo, convocó una Asamblea de Notables (siguiendo el ejemplo francés) en 1811 y una Asamblea Representativa de la Nación (*Nationalrepräsentation*) en 1812. También estableció ordenanzas para regular el acceso de los campesinos emancipados a la propiedad de la tierra (a partir de 1811) y garantizó la igualdad de derechos civiles a los judíos (1812). Desde el punto de vista económico dio libertad de elección de profesión a los ciudadanos, aboliendo los poderes restrictivos de los gremios.

Mientras tanto la dominación napoleónica de Europa estaba provocando un resurgimiento del nacionalismo, el cual se sintió en Prusia con la misma pujanza que en otros estados alemanes para acabar manifestándose en la Guerra de Liberación (1813-

1814). La transformación del ejército prusiano de una fuerza básicamente mercenaria en una organización genuinamente nacional fue iniciada por Gerhard von Scharnhorst, y se preparó así para desempeñar un papel fundamental en la historia del país.

Contemporáneamente, el movimiento romántico en el campo intelectual y artístico estimuló también el patriotismo y el culto a la libertad, modificando incluso la interpretación de la historia. La fundación, en 1809, de la Universidad Federico Guillermo en Berlín, con Wilhelm von Humboldt como principal promotor, afirmó magníficamente el prestigio cultural de una Prusia recientemente derrotada en el campo de batalla.

Hardenberg gobernó el país en un difícil año, 1812, cuando Prusia y Austria, en alianza forzosa con Francia, se vieron obligadas a participar en la campaña de Napoleón en Rusia.

La retirada napoleónica de Moscú fue la señal del comienzo de la insurrección contra Francia. Por la Convención de Tauroggen (30 de diciembre de 1812), el general prusiano Johann (Hans) Yorck von Warthemburg retiró sus tropas del campo de batalla ruso; por el Tratado de Kalisz, firmado el 28 de febrero de 1813, la neutralidad momentánea de Prusia dio paso a una alianza con Rusia; el 12 de agosto de 1813 Austria declaró también la guerra a Francia.

El ejército prusiano, con G. L. von Blücher y A. Neidhardt von Gneisenau a la cabeza, desempeñó un papel fundamental en la batalla de Leipzig, en la

♦ La Prusia de Federico el Grande
campaña de 1814 en Francia y en la de Waterloo, en
1815.

El Congreso de Viena no devolvió Ostfriesland, Lingen, Hildesheim, Ansbach y Bayreuth a Prusia; permitió a Neuchâtel unirse a la Confederación Helvética y separarse de la monarquía prusiana, aunque siguió siendo propiedad personal del rey de Prusia; este país no recuperó ninguno de los territorios anexionados tras el tercer reparto de Polonia. Sólo consiguió Danzig, Posen (*Poznan*), Gnesen (*Gnieszno*) y Thorn (*Torun*) de los territorios obtenidos tras el segundo.

Sin embargo, Prusia recuperó prácticamente todos los territorios que poseía en 1803 y algunas regiones más. Su territorio pasó a comprender regiones tomadas del Reino de Sajonia, que se anexionaron a antiguos territorios prusianos en la margen izquierda del Elba para formar la provincia de Sajonia (*Provinz Sachsen*), aparte de la comarca de Lausitz, dividida entre Brandeburgo y Silesia; las zonas al este y al oeste del Rin se unieron a antiguos territorios prusianos para formar las provincias del Rin (*Rheinprovinz*) y de Westfalia (*Provinz Westfalen*); la Pomerania sueca, con la isla de Rügen, fue unida al resto de Pomerania para formar la provincia homónima (*Provinz Pommern*). Posteriormente, por la Paz de París (1815), Francia cedió Saarlouis y Saarbrücken a Prusia, que los incorporó a la provincia del Rin.

Con el eje principal de su territorio yendo de Europa oriental a la Alemania centro-occidental, Pru-

sia pasó a convertirse así en una gran potencia, la única con una población de habla predominantemente germana. Se convirtió, en consecuencia, en el rival potencial de Austria por la hegemonía en la Confederación Germánica (*Deutscher Bund*), también surgida del Congreso de Viena.

Las provincias nororientales de la monarquía, denominadas genuinamente Prusia (subdividida en Prusia oriental, que incluía a Danzig, y Prusia occidental, a la que se anexionó Thorn), y Posen (un gran ducado), se mantuvieron fuera de la Confederación, igual que Neuchâtel. En política internacional Prusia se adhirió, con Austria y Rusia, a la Santa Alianza, desarrollando una política conservadora y absolutista de acuerdo con el espíritu general de la Restauración.

Las reformas políticas se suspendieron a partir de 1815. Federico Guillermo III prometió, en mayo de ese mismo año, promulgar una Constitución, pero no llegó a llevar a cabo su promesa; lo único que quedó de todo eso fue la prohibición de realizar nuevas alianzas sin la aprobación de una asamblea de representantes. El ejército perdió gran parte de su fuerza cuando Hermann von Boyen, ministro de Guerra desde 1814, dimitió en 1819. Por otra parte, el sistema educativo siguió siendo el mejor de Europa, gozando especialmente la Universidad de Berlín de una merecida fama.

La mayoría de las provincias occidentales del reino habían sido anexionadas recientemente, y, al

♦ La Prusia de Federico el Grande

ser de religión católica, no se sentían identificadas con el espíritu prusiano. Esto provocó numerosos conflictos entre la Iglesia y el Estado a propósito de los matrimonios mixtos entre 1836 y 1840: varios obispos fueron incluso encarcelados y sus sedes quedaron vacantes.

Desde el punto de vista administrativo se hicieron varios intentos de unir los nuevos territorios al resto del país. Los terratenientes de dichas regiones fueron, así, adquiriendo progresivamente una conciencia prusiana. La burocracia resultó muy eficiente y honesta, cosa inaudita en la Europa del momento.

En 1818 se introdujo en el reino una tarifa simplificada para eliminar trabas aduaneras; dicha tarifa constituiría posteriormente la base del *Zollverein* (unión aduanera) establecido en 1834, el cual incluía, en 1852, a todos los Estados alemanes salvo Austria y Hamburgo. El *Zollverein* jugaría un papel de suma importancia posteriormente, erigiendo a Alemania en gran potencia económica.

Federico Guillermo IV y la revolución de 1848

EN 1840, Federico Guillermo IV sucedió a su padre, recientemente fallecido. Educado en el espíritu del Romanticismo, aspiraba a llevar a la vida su concepción idealizada de la Edad Media.

Puso fin al conflicto con la Iglesia Católica, y en 1844 asistió a la celebración realizada en honor de la finalización, después de varios siglos, de las obras de construcción de la catedral de Colonia. Aunque contrario al constitucionalismo, deseaba una descentralización administrativa al estilo medieval. Por otra parte financió el Ostbahn, un ferrocarril que unía Berlín y Königsberg. En 1847 convocó las Dietas provinciales a una «Dieta unitaria» (*Vereinigter Landtag*) en Berlín. La Dieta se comprometió a reunirse con regularidad, pero decidió vetar los presupuestos para la financiación del Ostbahn.

En marzo de 1848 estalló en Alemania una revolución inspirada en los sucesos de febrero en Francia. El 16 y 18 de marzo se multiplicaron los desórdenes en las calles de Berlín. Aunque la represión del ejército fue brutal, resultó efectiva.

Sin embargo, el rey no estuvo a la altura de la situación: retiró al ejército de Berlín el 19 de marzo y durante un tiempo se puso a la cabeza de la revolución. Se creó un gobierno liberal, presidido por Ludolf Camphausen y David Hansemann, y se convocó una Asamblea Constituyente.

Los radicales dominaban en la Asamblea y los oficiales del ejército que formaban la camarilla del rey le pusieron en contra de ella. La Asamblea fue trasladada en el mes de octubre a la ciudad provincial de Brandeburgo. Sus miembros incitaron a los ciudadanos de Prusia a negarse a pagar sus impuestos, y el ejército respondió ocupando Berlín y disolviendo la Asamblea en el mes de diciembre.

Mientras tanto, un ministro conservador de Federico Guillermo, el conde de Brandenburgo (hijomorganático del rey Federico Guillermo II), sucedió a Camphausen. Se eligió una Asamblea más moderada, pero a pesar de todo siguió tropezando con dificultades. Una tercera fue elegida con un sufragio más reducido en 1849.

En febrero de 1850, el rey promulgó por decreto una Constitución, la cual se mantuvo en vigor hasta 1918. Por ella Prusia recibía un Parlamento con dos cámaras. La primera, o Cámara Alta, oficialmente

♦ La Prusia de Federico el Grande

llamada *Herrenkaus*, comenzó a sesionar a partir de 1854, integrada por representantes de los terratenientes y de las ciudades principales, además de otros miembros nombrados por el rey, algunos con carácter vitalicio e incluso hereditario. La segunda cámara, o Cámara Baja, era elegida por los contribuyentes, divididos en tres categorías en función de su renta.

La Constitución daba a las cámaras derechos bien definidos. Su aprobación era necesaria para dar validez a una ley, y, aunque los impuestos existentes eran confirmados a perpetuidad, las cámaras tenían que incluir sus gastos en el presupuesto.

El rey podía elegir a los ministros, pero les resultaba difícil gobernar contra el deseo expreso de las cámaras. La Constitución era muy parecida a la iglesia del siglo XVIII. Parecía inadecuada para los ideales liberales defendidos en el momento, pero su promulgación en unos años de reacción como eran los cincuenta del siglo XIX, hizo que los liberales miraran con mejores ojos a Prusia que a la absolutista Austria.

Durante la revolución de 1848, Federico Guillermo IV aspiró a liderar el movimiento en favor de la unidad alemana. En marzo de 1848 declaró: «A partir de este momento Prusia se funde con Alemania»; albergaba la idea de que toda Alemania, además de Prusia, enviara representantes a la Asamblea prusiana.

Al fracasar este proyecto miró con recelo a la Asamblea Nacional alemana, que se reunía en

Frankfurt, sospechosa a sus ojos de estar bajo la hegemonía austríaca.

Sin embargo, cuando Austria propuso una constitución unitaria del Imperio habsbúrgico no alemán, Federico Guillermo estuvo tentado de aceptar la corona imperial alemana, que le ofreció una delegación de Frankfurt el 3 de abril de 1849. Fue disuadido con dificultad por sus consejeros conservadores y anunció que no podía aceptar la corona a no ser que se lo ofrecieran los príncipes alemanes.

Él y su amigo Joseph María von Radowitz intentaron entonces crear la Unión de Erfurt, basada en principios conservadores y en una «pequeña Alemania», formada por todos los Estados alemanes con la excepción de Austria.

En 1850 Austria se opuso oficialmente a esta unión. Federico Guillermo IV y sus ministros conservadores, para evitar la guerra, se vieron obligados a dejar de lado sus ambiciones mediante la Convención de Olmütz, firmada el 29 de noviembre de 1850.

Se consolidó así la antigua Confederación Germánica, y Otto von Bismarck se convirtió en el representante de Prusia en la Asamblea de Frankfurt. El conde de Brandenburgo murió durante esta crisis y le sucedió Otto Freiherr von Manteuffel, que gobernó Prusia siguiendo principios conservadores durante los siguientes ocho años.

La Nueva Era

FEDERICO GUILLERMO IV se volvió loco en 1857. Su hermano fue nombrado regente en 1858 y se convirtió en rey, con el nombre de Guillermo I, a la muerte de Federico IV, acaecida en 1861.

Guillermo I formó un gobierno liberal presidido por Karl Anton, príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, de religión católica, y durante los cuatro años siguientes Prusia experimentó la llamada *Nueva Era*, durante la cual se confió en que el reino conseguiría el liderazgo alemán gracias a su ejemplo moral. Sin embargo, pronto estallaron las disputas entre el rey y las cámaras.

Guillermo I tenía una formación militar. Conocía los problemas y deficiencias del ejército prusiano y deseaba subsanarlas. El ejército no había cambiado desde 1815, mientras la población de Prusia aumentaba espectacularmente. En consecuencia, más de un tercio de los jóvenes prusianos no hacían el servi-

cio militar, el cual debía ser teóricamente universal. Albrecht von Roon, ministro de la guerra, proyectó una reforma militar razonable: el armamento sería modernizado y se construirían más cuarteles, pero al mismo tiempo la *Landwehr* o milicia local dejaría de tener tanta importancia.

La *Landwehr* elegía a sus propios oficiales, que normalmente no pertenecían al grupo de oficiales hereditarios. A Roon no le agradaba este principio democrático y deseaba potenciar un ejército nacional. La Cámara Baja no se opuso a la reforma militar, pero deseaba conservar la *Landwehr* como símbolo del liberalismo y de la lucha por la liberación del yugo napoleónico.

El conflicto así planteado hacía referencia al carácter del ejército, no a sus dimensiones o costos. Según la Constitución, los impuestos tenían un carácter permanente a no ser que fueran revisados. Por tanto, la Cámara Baja no podía recortar el presupuesto del gobierno; únicamente podía negarse a autorizar el gasto de dinero ya recaudado.

En 1860 autorizó gastos adicionales con el compromiso gubernamental de que no se harían ulteriores inversiones, como la construcción de nuevos cuarteles. Roon no respetó el pacto.

En 1861 la Cámara volvió a autorizar gastos excepcionales, pero con la advertencia explícita que sería la última vez a no ser que se respetaran sus deseos de mantener la *Landwehr* y reducir el período de servicio militar de tres a dos años. Roon desaten-

dió las palabras de la Cámara. Acabó disolviéndola en marzo de 1862, y el gobierno de la *Nueva Era* tuvo que dimitir; cuando la nueva Cámara volvió a rechazar el presupuesto militar, Guillermo I amenazó con abdicar.

Como su hijo, el príncipe Federico Guillermo (más tarde Federico III), también apoyaba el programa de Roon, esto no habría servido de nada. Roon convenció al rey de que nombrara a Otto von Bismarck presidente del gobierno.

Bismarck planteó una teoría muy ingeniosa. La Constitución decía que el presupuesto debía ser acordado entre las dos cámaras y el rey. El futuro *Canciller de hierro* sostuvo que, dado que la Cámara Baja no conseguía ponerse de acuerdo con la Alta y con el rey, había «una falla en la Constitución», y que era deber del rey seguir gastando dinero sin la aprobación del presupuesto hasta que se alcanzara un acuerdo.

En realidad, esto no era una teoría, y el propio Bismarck la repudió posteriormente, pero al menos sirvió a sus propósitos. Los liberales no pudieron hacer nada. Habría sido inconstitucional negarse a pagar impuestos. Sólo podían protestar en el marco de la Constitución.

Bismarck tomó por un camino intermedio. Aunque desafió los intentos de la Cámara de determinar la política militar, rechazó la propuesta de Edwin von Manteuffel de abolir la Constitución.

♦ La Prusia de Federico el Grande

Durante la crisis de 1863-64 a propósito de Schleswig-Holstein, la Cámara Baja siguió rechazando el presupuesto militar, pero esto no evitó que Prusia entrara en guerra contra Dinamarca.

Le siguió la guerra de los Siete Años con Austria en 1866, que puso fin a la crisis constitucional; Bismarck se disculpó por el gasto ilegal de dinero y en septiembre ambas cámaras aprobaron una Ley de Compensaciones.

Las guerras de Bismarck y la fundación del Reich

LA GUERRA DANESA de 1864 llevó a un acuerdo austro-prusiano sobre Schleswig-Holstein. La guerra de los Siete Años fue seguida de la anexión no sólo de Schleswig-Holstein, sino también de Hanover, Hesse, Nassau y Frankfurt am Main. Prusia extendió así sus fronteras por casi toda Alemania, las cuales pasaron a contener dos tercios de la población alemana.

La guerra franco-alemana de 1870-71 consolidó el liderazgo prusiano en el Reich imperial alemán. Guillermo I de Prusia fue nombrado emperador de Alemania el 18 de enero de 1871. El ejército prusiano absorbió virtualmente las demás fuerzas armadas alemanas, excepto el ejército bávaro, que siguió siendo autónomo en tiempos de paz.

Bismarck reunió en su persona los cargos de canciller del Imperio y primer ministro prusiano, excep-

♦ La Prusia de Federico el Grande to durante un intervalo en 1872-73, cuando Roon ocupó el segundo cargo.

En 1872 la Ley de Gobierno Local extendió a las zonas rurales la autonomía administrativa que Stein había dado en 1803 a las ciudades. Prusia era ahora un Estado predominantemente industrial. Los *junkers*, o terratenientes, que gozaban del monopolio de los cargos públicos a principios del siglo XIX, conservaban sólo el 17 por 100 de éstos a principios de 1900, limitándose territorialmente a las provincias orientales del Elba.

Guillermo I murió en 1888 y, tras el corto reinado de su hijo, Federico III, el hijo de éste fue coronado emperador como Guillermo II. La división de contribuyentes en tres grupos resultaba cada vez menos representativa y despertó grandes descontentos. Bismarck no la cambió, pero la describió como «el peor sistema que había conocido». Su sucesor, Leo von Caprivi, nombrado canciller del Reich y primer ministro prusiano en 1890, gobernó Alemania con el apoyo de una coalición de izquierdas en el Reichstag.

En 1892 abandonó el cargo de primer ministro de Prusia, que fue asumido por Botho Eulenburg. Para contentar a las bases izquierdistas, Caprivi propugnó una reforma del sistema prusiano de voto calificado. Eulenburg respondió exigiendo un decreto imperial contra los socialdemócratas; ambos políticos se estaban inmiscuyendo en sus respectivos campos.

El *impasse* terminó cuando Guillermo II forzó la dimisión de ambos. A partir de ese momento el car-

♦ La Prusia de Federico el Grande
go de primer ministro prusiano quedó unido al de
canciller imperial.

Johannes von Miquel, ministro de Finanzas, introdujo importantes reformas en la década de los noventa, redistribuyendo mejor la riqueza entre ricos y pobres. Sin embargo, no se cambió el sistema de voto calificado y la Cámara Baja prusiana pasó a estar dominada por los terratenientes, de ideología netamente conservadora. Ellos controlaban el gobierno de Prusia, pero dicho control tenía cada vez menos trascendencia, al aumentar la del gobierno imperial. Sólo el ejército mantuvo intacta la influencia de los *junkers* prusianos en la vida alemana.

La reforma del sistema prusiano de voto calificado se planteó nuevamente cuando las fuerzas de la izquierda volvieron a controlar el Reichstag. El canciller Bernhard von Bülow puso esta cuestión sobre la mesa en 1907, intentando transformar Alemania en un Estado parlamentario.

Su sucesor, Bethmann Hollweg, consideró también que ese asunto era clave para la consolidación de un sistema democrático. Al estallar la Primera Guerra Mundial, en 1914, se hicieron promesas solemnes de que se reformaría dicho sistema electoral; en 1917 se envió una ley de reforma a la Cámara Baja prusiana. Estaba aún en período de discusión cuando la revolución alemana de 1918 y la abdicación de Guillermo II acabó con el viejo orden.

El fin de Prusia

LA REVOLUCIÓN acabó con la monarquía prusiana y con el sistema electoral de voto calificado. También acabó con el cargo conjunto de canciller imperial y primer ministro prusiano. Prusia, que había perdido parte de Silesia, Posen, Prusia oriental, Danzig, Memel y la zona norte de Schleswig, pequeños territorios en la frontera con Bélgica y la comarca del Saar como consecuencia del Tratado de Versalles y los subsiguientes plebiscitos, se convirtió en un *Land* más durante la República de Weimar, con poderes más restringidos que antes y menor influencia en el gobierno del Reich. Su parlamento pasó a ser elegido por sufragio universal y, consiguientemente, a tener siempre mayoría de izquierda.

Entre 1918 y 1932 Prusia fue gobernada por los socialdemócratas, a veces solos, a veces con el apoyo del centro. La asombrosa personalidad de Otto Braun, líder de aquel grupo, le valió ser primer ministro. El *Land* controlaba las fuerzas de policía.

Por eso el gobierno socialdemócrata de Prusia fue considerado el principal bastión de la democracia alemana.

En abril de 1932 la coalición de Centro y de los socialdemócratas perdió la mayoría en el parlamento prusiano en las elecciones generales. Otto Braun dimitió, pero como la posición estaba dividida entre comunistas y nacionalsocialistas, los socialdemócratas eran irremplazables.

Franz von Papen, canciller del Reich a partir de junio de 1932, se sirvió de ello para acabar con la autonomía prusiana. Fue nombrado *Reichskommissar* de Prusia por el presidente Paul von Hindenburg en julio. Otto Braun estaba enfermo en esa época. Karl Severing, ministro prusiano de Interior, presentó su dimisión. El gobierno prusiano apeló al Tribunal Supremo de Leipzig, que en 1933 decretó que la reforma había sido inconstitucional, pero la Constitución no aportaba soluciones para acabar con dicha ilegalidad.

Mientras tanto, Papen, que había sido sustituido temporalmente por Kurt von Schleicher en la cancillería, tuvo que ceder su cargo a Adolf Hitler y su grupo, los nacionalsocialistas. En abril de 1933, Hitler nombró a Hermann Göring primer ministro prusiano y ministro del Interior. De esta forma el control de la policía prusiana pasó también a los nazis. La Constitución prusiana fue abolida, al igual que la labor legislativa del Parlamento, aunque Prusia siguió siendo una unidad física y política a efectos administrativos.

♦ La Prusia de Federico el Grande

En 1945, derrotada en la Segunda Guerra Mundial, Alemania acabó bajo el control de los victoriosos aliados: Gran Bretaña, Estados Unidos, la URSS y Francia. La zona noreste de Prusia se anexionó a la Unión Soviética; el resto del *Land*, al este de los ríos Oder y Neisse, pasó a Polonia; el territorio restante fue dividido entre soviéticos, británicos y franceses, con diversas zonas de ocupación. Uno de los pocos actos del Consejo de Control Aliado fue la abolición formal de Prusia, decretada el 1 de marzo de 1947, con lo que este país desapareció del mapa.

La Prusia de Federico el Grande

por

Gherardo Bozzetti

Texto original italiano

© Rizzoli Editori, Milán, 1980

Versión castellana

© SARPE, Madrid, 1985

Revisión y edición digital

© In Octavo, 2025